

Ultimo acto

Es el tiempo de los caracoles. Me aparto con cuidado para no aplastarlos. Detesto el crujido de la cáscara y la blandura en que se hunde el pie. Me hacen acordar a ti.

Verdad que no te halagaría esto mucho, pero es así; pareces un enorme molusco, de húmeda y blanca piel rosa y tu cáscara es el cuarto, el maldito cuarto a donde te complaces en meter cuanto individuo cae en tus manos; no importa quién sea. Es una experiencia más para tí, y te encanta observar uno por uno los gestos del incauto o incauta.

Sabes que se va a asombrar con espanto o maravilla (según el grado de snobismo que tenga) de esa horrible momia que tienes a la entrada; y tu voz (creo que los caracoles tendrían tu voz) diciendo: "es mi niña mimada" y luego tu risa, esa estupenda risa de contralto que hace tintinear los cristales de la repisa.

—Te odio Mariana, cuando te ríes, porque en verdad, quisiera poder reirme como tú.

El asombro crece: en la penumbra, iluminado por una lamparilla azul, en la penumbra, un cuadro magnífico: tú, maravillosamente desnuda. Con el rostro más puro y encantador explicas "un capricho, mi amante se empeñó".

Aquí me río despacito, despacito, y busco tus ojos. Me miras diciéndome: "simple, no sabes guardar apariencias"; sigue el paseo por tu cuarto-museo: ahora están los cristales más raros y originales, y los libros, y el ventanal enorme con las cortinas color humo, y la fotografía dedicada de Jean Louis Barrault, y ...uff!... a qué seguir los detalles. Todo eso, para llevar sobre tí cuando sales, porque estoy segura que es eso lo que buscaste siempre, llevar sobre tu sobrio traje negro que te espiga, sobre tu rubio rodete, sobre tu boca ancha y tu

blanca frente despejada, todo lo que guardas en ese horrible cuarto gris, que me hace acordar desde el primer momento al porvenir. Repleto de cosas, de olores que flotan, de rostros que llamean y cerrado, cerrado, cerrado, como tu cuarto.

Hubiera querido encontrar alguna vez palabras para decírtelo, pero tú estabas tan colmada, tan satisfecha, tan extraviada en tí misma, que nunca hubieras comprendido cuanto yo hubiera podido decirte.

Ahora está la calle como de oro, y sube algo dulce en el aire y un hombre gordo ríe con fuerza en la esquina.

Ese olor dulce, es el olor que sale de tus pechos cuando te desvistas... ¡oh, qué asco te tengo Mariana! ... y sin embargo tu sonrisa asomando detrás de tus manos, o de un libro, es un golpe de hoz en mi corazón... pero no dura mucho, enseguida viene el horror, el horror por tu mirada perruna, por tu aire pedigüeño, y en realidad, eres una pobre cosita en mis manos aunque juegues a la gran mujer con los demás.

Soy miserable. El aire me limpia de tí. Me miro las manos. Están grises y estoy segura que tendría que emborracharme. Pero no me queda ni eso. Era un recurso tuyo. Bebías hasta que se te vaciaba la cabeza, se te ponían los ojos brillantes, tenías un gusto a acero en la boca. No me gustaba que me besaras así, pero lo hacías, como hacías todo lo que yo detestaba. Yo me niego a embriagarme. Siempre me negué. Es un recurso pobre y detestable.

Estoy completamente sola en la calle. Siento que estoy mirando a los demás.

Ahora sí que estoy verdaderamente sola. Sola. Es el momento que debo aprovechar para amortajar mis recuerdos con dignidad. Sí. Siempre tuve dignidad aun en los peores momentos. Un niño se asoma a mirarme con curiosidad. Tú decías: "eres insoportablemente digna", ¿por qué no tratas de parecerte a mí?" ¡Oh! Dios! Me he acordado de Dios. Dios... ¿Dios es esta tortura que tengo en el corazón? ¿y este alivio? ¿Y esta sorpresa de no oír tu charla "controlada", sobre diversos temas artísticos? ¿Todavía estás allá? ¿Se te habrá corrido el rouge? ¿habrás dejado caer el brazo? ¿quién estará sentado a tu lado?

Camino, camino, camino. Seguro que me toman por una... realmente me es todo tan indiferente. ¡Oh! ¿Es posible que seas tú quien me produce esto? Nunca te amé Mariana, lo dije alguna vez para llenar un silencio. ¿Y tú?... sí, creo que te conmovías verdaderamente ante mí. Era tu criatura, nada más que eso. Una vez dijiste con tu voz solitaria: "lo que amo en tí, es que nunca sé a donde voy contigo", pero temías forzar mis sentimientos y me dejabas libre. Cuando creías

notar una sombra en mis ojos, buscabas el rincón más oscuro y te evadías, huías de lo que yo quería decirte.

¡Ah, Mariana!, decías “nosotras” y cada vez la palabra me golpeaba con fuerza, porque yo no era tú, yo tenía que vivir fuera, al aire libre, pintarrajeando mis cartones multicolores, inventando muñecos felices, sola, terrible y voluntariamente sola.

Tú eres blanda, pesada. Me envolvías con tus gestos redondeados y tiernos.

—No, no necesito coartada— me doy cuenta que he gritado, porque esa mujer me mira y se acerca a hablarme, ¡maldita sea! porque no se quedará en su lugar, inmóvil para siempre— pero no, es estúpida como una gallina y tiene hermosos sentimientos humanitarios— se acerca, la miro con odio; abre su boca fruncida por treinta y cinco años de habladurías y desde su pesado rostro color ladrillo me viene la voz, envuelta en una sonrisa amistosa. La odio cada vez más— como si se pudiera sonreír e interesarse por una muchacha que de pronto grita en la calle cuando se tiene el alma llena de porquería como yo— ¡maldita! ¿por qué no te alejas con ese trocico de perra cansada y me dejas en paz? No. Allí está, un poco rígida, restregándose las manos.

Yo estoy perdida en una tormenta escarlata, escarlata como tus uñas, Mariana, y la mujer me habla, me pregunta, me acosa con su bondad, entre altos edificios amarillos, bajo este cielo azul que me ahoga. Un gato maúlla, me duelen las sienes. “Tú querías ir a Argel en una vieja chalana negra”... y la mujer se siente ya francamente despavorida ante mi inmovilidad y mi silencio.

Yo quiero sentarme en el suelo y ponerme a llorar... ¿ves Mariana? quiero llorar, pero no por tí que estás allá, sino por mí, por este acto de libertad que cometí, porque yo quise hacerlo.

En el fondo de la calle corren niños con delantales azules. La mujer mira a todos lados; va a dar voces.

—No, no, no. Me mira agradecida por mi voz, me sonrío aliviada. Su miedo es ahora un animalito que ha levantado la tapa para escapar. Más preguntas y más solicitud. No puedo soportarlo. Desinflaré su enorme vientre redondo y la boca se estirará y las piernas y ¡oh! la mataré, como te he matado a tí, Mariana.

La mujer retrocede, porque he comenzado a despedir un deslumbramiento. Es el fuego del infierno que me espera, que se está escapando de mí. ¿Es que no acabará nunca esta pesadilla? Dios, ¡si la gente no tuviera olor! Porque fué tu olor Mariana, tu espantoso olor.

Yo estoy podrida. Pero tú tenías una vida llena. Eras alguien que

tenía el camino señalado. Cuando tu voz se alzaba en el escenario, yo sabía que muchas nucas se erizaban. La mía también, Mariana.

La mujer no se cansa. Ahora sí que está dispuesta a llamar, pero por suerte no pasa nadie. Una suerte absurda.

—¿Usted mató a alguien, alguna vez? le pregunto muy seriamente; entonces sonrío y después se aleja dando saltos y chillando. Ella vió tu rostro en mí, Mariana. Lo sé. Por eso se ha ido.

Esa gallineta va a alborotar. Debo desaparecer. Podría ir al puerto o meterme en un cine, Mariana, y pasarte la mano por los hombros y cuando tú como una niña feliz cerraras los ojos y te apoyaras en mí, entonces, en ese momento, dulce, dulcemente te hundiría el puñal que me regalaste el día de mi cumpleaños... ¡oh, cuántas coincidencias Mariana!... después quitaría mi mano con gran delicadeza y me levantaría muy despacio para no molestarte, Mariana, pero no te miraría; aborrezco el rostro de las muertes inesperadas y la tuya ha sido inesperada, ¿verdad, querida? porque cómo podías pensar que esta "mosquita asquerosa", como me decías a veces, pudiera ser tan razonable y lógica, como para pensar una cosa tan clara, tan preparada como tu muerte.

Porque estás muerta. Y tu vida como la de los demás no ha sido más que una espera. Seguramente habrás tenido algún viejo verano con una niñita, de ojos claros y un triciclo y una torta con velas y después, seguramente también juraste ser una gran actriz, y luego te impacientaste y te entregaste a un viejo empresario que te lanzó a los affiches y a los más importantes escenarios.

Ayer aun pensabas que en agosto iríamos a Cannes, pero nada conseguiste, todo formaba parte de la espera y la muerte detuvo todo eso. Hasta tu gran amor por mí. Todo está ahora mudo, inmóvil, sin objeto. Nada te queda por hacer, ni un gesto, ni una caricia. Todo se borra en derredor de tí. Estás desapareciendo poco a poco.

El sol hace brillar una puerta de vidrio. Pateo una piedra, porque no puedo patear tu recuerdo. Porque estarás viva mientras esta maldita miseria que soy yo, respire.

Sin embargo, no estoy bastante abatida, estoy estupefacta, sí, pero no abatida... ¡cómo reprocharías mi indiferencia, Mariana!

¿Estarás rígida ya? ¿Te habrán descubierto? Y sin embargo he conseguido un triunfo más para tí. Otro proceso escandaloso en tu carrera. Mañana grandes títulos en todos los diarios del país: "Célebre actriz asesinada". La palabra tiene bordes rojos de vidrio.

Hace diez minutos que me sigue un negro. Cuando se acerque lo escupiré, porque los negros no merecen palabras... decía que, ¡ah!,

“Célebre actriz asesinada”, y luego: El misterioso crimen del cine Embassy”... ¡Oh! qué lectura sabrosa para el ambiente, cuántos, cuántos cargarán con tu preciosa muerte... alguien, algún suspicaz pensará en esa muchacha tan rara, que pintaba mamarrachos, que a veces te acompañaba, siempre vestida de negro y que no fumaba...

El negro tiene un olor insoportable. Me encerraré en mi cuarto y dormiré... ¡ah! ...—he vuelto a gritar—. El negro se abalanza y me toma un brazo. Le doy un bofetón. Trastrabilla, y se queda mirándome sorprendido. Sólo quiso ser gentil. Grité y me balanceé como para caerme. Ya sabía que algo faltaba. “Tú tienes la llave, Mariana, en el bolsillo de la chaqueta”...

—No señor, disculpe, me asusté. ¿Soy yo la que digo eso al mundo negro? —¿Dónde va? —repite él por segunda vez—. Al infierno, señor —le contesto con la mayor cortesía... tienes la llave, perra... sí, tú sabías que te iba a matar, la guardaste tú. Se aleja el negro, dándose vuelta para mirarme; una mujer alta de anteojos, cruza con aire importante. Corro. Un taxi. La llave... la llave, tengo que dormir Mariana, estoy muy cansada, dame la llave, tengo que lavarme, lavarme bien de pies a cabeza, y tengo que guardar el puñal... son muchas cosas... un taxi. Las piernas no me sostienen. Alguien se ríe y yo no escucho más que mi respiración. Estoy jadeando. ¿Estás muerta, Mariana? ¿Te sientes mal? Estúpida. Yo me siento mucho peor... Embassy... Embassy... Acá estoy. Sale gente. Entro. Tú te fuiste a casa, Mariana. Estarás con tu deshábille verde ensayando tu voz más implorante para cuando llegue yo. Creo que me tiembla la boca y tengo ganas de vomitar. El cine está oscuro y no tengo contraseña. Entraré al toilette, me empolvaré. ¡Ah!, acá está la contraseña... esta noche no, Mariana, no me atormentarás, no me atormentarás más. Es verdad que todos vuelven al lugar del crimen; yo he vuelto, pero no es verdad que estés muerta.

Ya está. Busco la fila. Aquí. Una voz gutural canta en la pantalla. ¿Qué pasó Mariana? ¿Se encontraron los amantes? Te quedaste dormida, ¿verdad?. ¡Claro!... siento que me estoy helando toda. No está. Estoy segura. Estoy segura que la dejé aquí, muerta. Estoy segura. Estoy segura... voy a gritar. Cierro con estrépito la cartera. Alguien me chista. Tengo la vista fija en el piso... la llave, Mariana... la llave. Gran beso en la pantalla. Ahora se encenderá la luz, pero tú no estás. Te has ido a casa, con el puñal en el costado... qué rara habrás estado... “Una originalidad más de Mariana, es tan snob”. Ya está la luz aquí. Creo que no podré pararme. Todo el techo está lleno de pinturas cursis, ¿quién lo habrá pintado?... la llave...

Mariana, infame. Tú tuviste la culpa. Yo vivía tranquila con mis muñecos locos. Me metiste la mano en el pelo y ¡me enseñaste a revolcarme en la mugre.

El grito, el grito resonó espantoso, pero no es en la película. Todos gritan.

—¡Ah, qué alivio, qué alivio! sé que estás ahí detrás Mariana, sólo se grita así cuando se ve un asesinado. Ya te han descubierto, con la boca entreabierta, rígida. Hace exactamente dos horas que estás ahí... la llave, estúpida, no me la has querido dar...

Corren, corren, corren, corren.. Yo también debo correr y gritar y asomarme a tu rostro de asesinada.

Peo me levanto tan despacio, tan despacio que no sé si llegaré a la salida.

Junio de 1954.